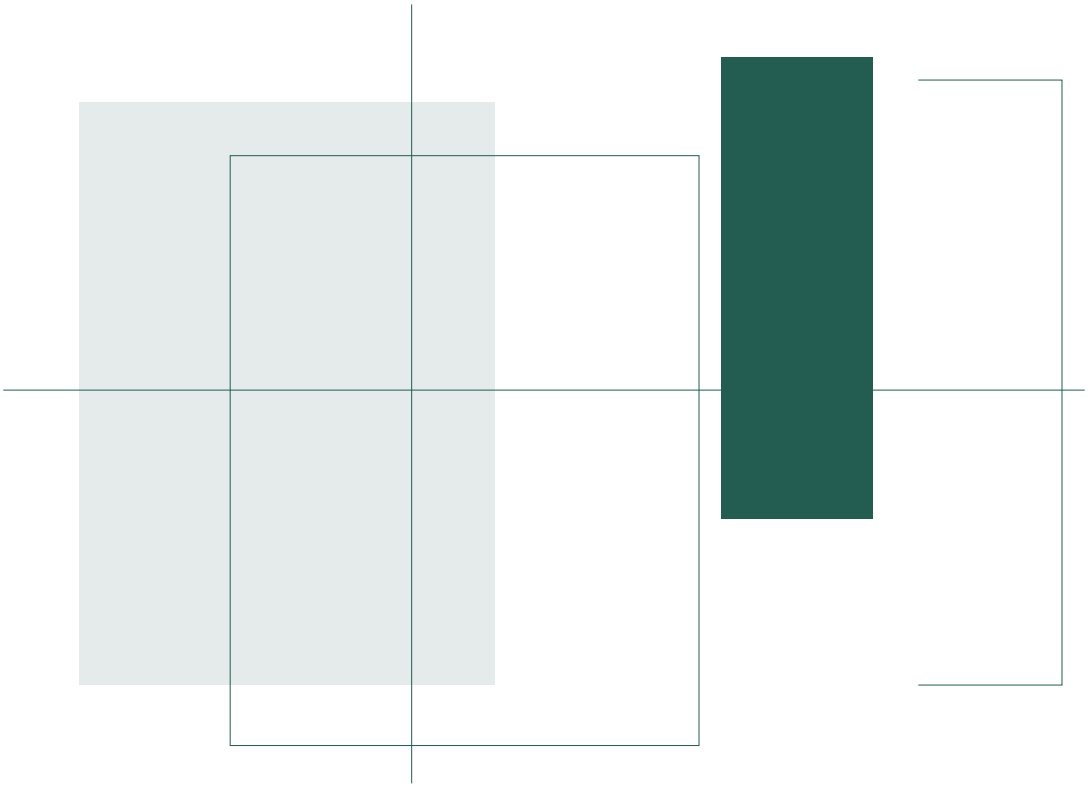
Daniel Widlöcher

Espacio psíquico, espacio corporal



Didier Anzieu : le Moi-peau et la psychanalyse des limites
Érès · 2008 · pp. 49–64

Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo.

Daniel Widlöcher

Espacio psíquico, espacio corporal

Didier Anzieu : le Moi-peau et la psychanalyse des limites
Érès · 2008 · pp. 49–64

Título original: «Espace psychique, espace corporel».

Daniel Widlöcher[1]

En *El pensar. Del Yo-piel al Yo-pensante* (Anzieu, 1994), la trigésima séptima proposición (p. 63) estipula que «no hay un principio claro de cambio». La noción de cambio propiamente dicha está ausente del pensamiento y del léxico de Freud, comenta Didier Anzieu, para añadir que Freud solo propone teorías locales al respecto. Y, sin embargo, agregaría yo, en la cura no se trata de otra cosa. No porque haya que contentarse con tomar en cuenta los logros terapéuticos, sino porque, desde el vínculo inicialmente descubierto entre el síntoma histérico y la rememoración, los procesos psíquicos se conciben en términos de pasajes: pasajes de una escena psíquica a otra, repetición, rememoración y perlaboración. La tópica llamada primera tópica materializa, bajo la forma de un modelo espacial, la compartimentación del pensamiento entre los tres registros de la conciencia (o percepción-conciencia), el preconsciente y el inconsciente. Freud distinguirá posteriormente, en este último, un inconsciente descriptivo y un inconsciente propiamente dicho. El primero se confundirá a menudo con el preconsciente, y el segundo será bien identificado por Freud como la propiedad del ello. La clínica de la neurosis y la del sueño, y luego la de la cura, permitirán describir las vías de pasaje entre estos diferentes registros, pasajes cuya observación clínica directa caracteriza la práctica de la cura. Si consideramos esta (primera) tópica como un espacio, es precisamente como un espacio virtual, un modelo formal, una metáfora que nos ayuda a pensar el juego continuo de las transformaciones que vemos operar a lo largo del tiempo en el análisis. He ahí el tiempo proyectado sobre un espacio plano, una tópica.

Con la diferenciación de las estructuras del yo, del ello y del superyó, la situación es más delicada. Porque estas estructuras se sitúan en otro plano, e incluso en otros planos, de ahí el error de hablar aquí de una segunda tópica. Pues estas estructuras que regulan los pasajes de los modos de pensamiento dan lugar a construcciones simbólicas diferentes. Así, por ejemplo, unas veces se concebirán estas estructuras por sus funciones, y otras, por sus contenidos. El modelo de la vesícula tiene el mérito de simbolizar estos dos registros de imagen, pero se advertirá, sin embargo, la diferencia entre la célebre fórmula de las *Nuevas conferencias*: «Donde ello era, el yo debe advenir», y aquella, menos célebre, de *Análisis terminable e interminable*: «Nuestro esfuerzo terapéutico oscila constantemente durante el tratamiento entre un pequeño fragmento de análisis

[1] Presidente de la Asociación Psicoanalítica de Francia, profesor emérito de la Universidad Pierre et Marie Curie.

del ello y un pequeño fragmento de análisis del yo». En un caso, el espacio simboliza compartimentos en los que se sitúan las representaciones conscientes e inconscientes; en el segundo, el espacio simboliza las funciones reguladoras bajo una forma fragmentada. Sin duda habría que volver aquí sobre la ambigüedad de los conceptos estructurales. Pero retengamos la noción de espacio psíquico.

¿UN ESPACIO PSÍQUICO UNIFICADO?

¿Se puede hablar realmente de un espacio psíquico en singular, como se puede hablar de un espacio corporal? El espacio del cuerpo no es una analogía, sino una realidad material. Ciertamente, esta se inscribe en el tiempo. La piel misma sufre el irreparable ultraje de los años y el cuerpo está destinado a su muerte final. Pero el cuerpo está dominado funcionalmente por un principio de homeostasis. Tiende a permanecer idéntico a sí mismo, aunque, como Freud lo mostró claramente, el instinto de vida conduzca a la permanencia de la especie más allá de la del individuo. Este yo corporal no está retenido por una piel que solo estaría destinada a contenerlo. Es acto motor vuelto hacia su entorno material y hacia las señales que este le envía. Pero este yo corporal, en constante intercambio material y simbólico con el mundo, asegura también por esa vía su constancia. Como Anzieu lo subrayó constantemente, el Yo-piel corporal no es la pared de una bolsa, sino una superficie en intercambio permanente con cuanto la rodea.

La humanidad ha construido un doble espiritual del cuerpo. El alma, *âme* en francés (*soul* en inglés, *Seele* en alemán), ha simbolizado esta construcción imaginaria, doble inmaterial del cuerpo. Freud contribuyó ampliamente a describir la función de ilusión de esta construcción. Evidentemente, no es de eso de lo que se trata cuando hablamos de espacio psíquico, aunque la referencia al término griego *psyché* pueda dar aquí lugar a interpretación. El alma simboliza una permanencia, una intemporalidad, incluso la inmortalidad. El espacio psíquico depende estrechamente del espacio corporal que lo contiene. No existe sin el cuerpo. Y la creencia de escapar al tiempo pertenece al ámbito de la ilusión, de la capacidad de pensarse bajo el modo de cierta intemporalidad, confrontada sin cesar con la experiencia del tiempo.

La obra de Anzieu nos dejó una vía de interrogación cuyo punto de partida se encuentra precisamente aquí: ¿cómo definir y describir el pasaje de un espacio corporal unificado a un espacio psíquico igualmente unificado? Este libro permite seguir los diversos recorridos trazados por Anzieu. Pero es igualmente interesante y fructífero reconocer las dificultades que debió encontrar e intentar resolver. Al hacer sensibles estas dificultades, nos invita a una reflexión crítica de la que quisiera retomar aquí algunos puntos. ¿No hay cierta audacia en atenerse a la idea de un espacio psíquico unificado? ¿A qué precio, a qué renuncias y, finalmente, a qué paradojas nos expone este presupuesto? Anzieu fundó esta unicidad en la teoría freudiana del yo. Partió del pasaje del punto de vista tópico al punto de vista estructural. Si hubiera colocado en el centro de su construcción otra parte de los procesos analíticos, ¿habría podido concebir la misma forma de espacio? Por ejemplo, el dualismo Eros-Tánatos, del que Melanie Klein hizo el uso

que conocemos y que, finalmente, nos propone otra representación del espacio psíquico. ¿Qué decir de los desarrollos de Bion a partir del concepto de identificación proyectiva? ¿No se habla actualmente de una tercera tópica fundada en las relaciones interpersonales? ¿No quedamos así expuestos a una pluralidad de descripciones del espacio psíquico o, en otros términos, a una pluralidad de espacios psíquicos?

Freud, por lo demás, nos ofrece una brillante ilustración en las *Nuevas conferencias* de 1935, cuando precisamente nos invita a completar (y no a reemplazar) el modelo tópico mediante un modelo estructural. Nos invita a imaginar: «Un país de relieve muy variado, colinas, llanuras y cadenas de lagos, con una población mezclada. Alemanes, magiares y eslovacos habitan allí, ejerciendo actividades diversas. Ahora bien, podría suceder que la distribución fuera tal que en las colinas habitaran los alemanes, que son criadores de ganado; en la llanura, los magiares, que cultivan cereales y vid; y en las orillas de los lagos, los eslovacos, que pescan peces y trenzan juncos. Si esta distribución fuera nítida y pura, un Wilson encontraría en ella su deleite; también sería cómodo para hacer exposiciones en clase de geografía». «Podría suceder», pero lamentablemente no ocurre así, y la complejidad de los hábitats desafía toda simplicidad cartográfica.

ESPACIO PSÍQUICO Y ESCUCHA ANALÍTICA

Es tiempo de volver a una cuestión clínica fundamental, la del vínculo entre la representación que tenemos del espacio psíquico y la escucha analítica. Freud nos dio en 1913 una imagen muy elocuente de ese vínculo en *Sobre la iniciación del tratamiento*: «Compórtese como el viajero que, sentado junto a la ventanilla de su compartimento, describiera el paisaje tal como se despliega a una persona situada detrás de él». Tal es la consigna que Freud invita al psicoanalista a dar a su paciente. Un paisaje que se despliega es a la vez una escena visual cambiante y también una realidad inmutable. Necesitamos tiempo para recorrerlo, pero el paisaje permanece. Esta consigna dada al paciente muestra bien esa dimensión de escucha pura que seguirá siendo el dogma técnico hasta la década de 1950, tanto en la corriente de Melanie Klein como en las surgidas de la *Ego Psychology*. Los de mi generación conocieron la fuerza de estos principios en su formación, en su análisis personal y en las supervisiones. De ello resultaban un respeto absoluto del encuadre y una práctica rigurosa de la neutralidad.

Detrás de cada interpretación que uno se atrevía a formular, al menos en las corrientes surgidas del psicoanálisis vienés, se trataba de escrutar cualquier riesgo de pasaje al acto contratransferencial. Al éxito de la cura estaba ligada cierta idea de la normalidad psíquica. «El paciente asocia, el analista interpreta», escribía antaño Anzieu. Nunca se subrayará lo suficiente la importancia del giro teórico-clínico de los años cincuenta y del papel atribuido entonces a la contratransferencia.

Recordemos aquí las contribuciones de Heinrich Racker y Paula Heimann. Habría que mencionar también la obra clínica de Winnicott, recordar el testimonio de Margaret Little sobre su análisis con él y la manera en que reivindicará una

práctica «humanista», al menos en los tratamientos de casos graves (¡entre ellos, el suyo!). Pero este lugar concedido desde entonces a la contratransferencia pronto se convertirá en el de un concepto nuevo, el relativo a la elaboración de un trabajo conjunto de asociación de pensamiento entre el paciente y el analista. Es en Argentina donde los Baranger, retomando las reflexiones clínicas de Racker, introducen la noción de campo psicoanalítico y escriben, en 1961: «La situacion analitica como campio dinamico» (*Rev. Uruguya Psicoanal.*, 4: 3–54). Se encontrará un amplio desarrollo de este movimiento en los trabajos de Beatriz de Leon Bernardi (*Int. J. Psychoanal.*, 81-2, 331–351, «The counter transference: a latin american view»). Si el modelo de la interpretación estaba, por tanto, ligado a la visión del paisaje en la perspectiva objetivante inicial, con el tiempo el psicoanálisis dirigió su escucha hacia un movimiento asociativo compartido entre el paciente y el analista, movimiento inscrito necesariamente en el recorrido común del tiempo. Estamos juntos en el tiempo y en el flujo asociativo.

Para evitar los equívocos del término intersubjetividad, propongo el de *copensamiento* para describir los efectos sobre el proceso asociativo y las representaciones del analizante. El término copensamiento no designa ningún artificio nuevo, sino que apunta a describir un proceso de desarrollo recíproco de la actividad asociativa. Las palabras, y lo que se significa entre ellas —sus asociaciones, las palabras omitidas, censuradas, etc.—, llegadas de la palabra de uno, entran en el pensamiento del otro y se convierten en sus propios objetos de pensamiento. Los efectos de sentido que producen dependen del contexto asociativo del que se extraen y del que crean en el otro. El copensamiento puede considerarse el vehículo de la comunicación de inconsciente a inconsciente. Desde un punto de vista dinámico, el juego transferencial-contratransferencial se inscribe en el contenido y en la dinámica asociativa del copensamiento.

La interpretación debe comprenderse como un efecto directo del copensamiento. Las redes asociativas producidas en el psicoanalista deben entenderse como la expresión de la realidad psíquica del analizante. En parte, esta contribuye a un efecto de empatía, pero, en la medida en que actúan elementos ausentes de la red asociativa preconsciente, el trabajo psíquico que opera en el analista le permite identificar representaciones o asociaciones inconscientes del analizante. Así se construyen representaciones hipotéticas, interpretaciones en espera, que podrán, llegado el momento, surgir en la mente del analista como palabra que comunicar al analizante para abrir una vía nueva a sus redes asociativas. El copensamiento fabrica el repertorio de interpretaciones potenciales, de «representaciones-clave» susceptibles de «desbloquear» un sistema preconsciente resistente a las presiones del inconsciente (el «pequeño fragmento del ello» del que habla Freud en *Análisis terminable e interminable*). ¿No estamos aquí en el seno de una aporía, entre metáfora espacial y metáfora temporal, metáfora temporal de la que Proust nos dio una visión inolvidable al final de *En busca del tiempo perdido*, cuando propone describir a los hombres como «ocupando un lugar considerable, junto a aquel tan restringido que les está reservado en el espacio, un lugar, por el contrario, prolongado sin medida, puesto que tocan simultáneamente, como gigantes

sumergidos en los años, épocas tan distantes entre las cuales tantos días han venido a situarse en el tiempo»?

No se trata aquí de oponer dos dimensiones que estarían ligadas al espacio y al tiempo de la vida psíquica, sino de observar que el espacio psíquico es una manera de proyectar en el espacio procesos que se desarrollan en el tiempo, y que esta reducción del tiempo al espacio no carece de dificultades que quisiera evocar a propósito del concepto winnicottiano de paradoja. Ilustrémoslo con un brevísimo ejemplo clínico. Después de un análisis bastante largo, una paciente terminó por superar la escisión entre una percepción de sí misma y su puesta en acto bajo la modalidad de una desdichada niñita abandonada por todos, y aquellas que expresaban el sueño de realizarse de un modo viril y triunfante gracias a la potencia de su inteligencia. Perlabora progresivamente el conflicto inherente a estas dos imágenes de sí misma. La pregunta que se plantea entonces es cómo situarse entre las dos. A lo que un día puedo responderle fácilmente: «O ser las dos a la vez». Vivirse paradójicamente a la vez como una niñita abandonada y como una mujer fálica la ayuda a vivir esta conflictividad intrapsíquica.

La pregunta que planteo es cómo la figuración del espacio psíquico y la del yo como una instancia de selección membranaria permiten representar esta experiencia de la paradoja. A propósito del objeto transicional, otro ejemplo de paradoja, Winnicott nos dio antaño una definición tópica del objeto entre la madre y el bebé. Pero cuando penetramos en la función del objeto transicional, vemos que esa posición espacial es, en realidad, la torpe expresión gráfica del hecho de que el objeto en cuestión es a la vez una parte de sí y un objeto otro. Es necesario que el Yo-piel sepa tratar esta ambigüedad fundamental y nos ofrezca el modelo de un aparato psíquico que asegure la vida de una realidad psíquica marcada por esa ambigüedad. El temor al derrumbe no está ligado a la invasión de lo pulsional primario del ello en el yo, sino a esa incapacidad de vivir con esta presencia de la realidad psíquica.

LA CUESTIÓN DE LOS LÍMITES

Se plantea entonces la cuestión de los límites. Sostendré la idea de que el yo es tanto más fuerte cuanto más transgrede esos límites para dejar lugar a la paradoja. Ciertamente, no se trata de subestimar la importancia de la cuestión clínica de los límites de lo analizable, o incluso los límites de aplicación del modelo de la neurosis. Pero, para que la imagen de un espacio psíquico nos diga algo, habría que tomar en cuenta otras dimensiones que permitan ver cómo el tiempo gestiona la paradoja, la contradicción, el conflicto. Es en la medida en que el analista asocia que su interpretación figurará como un eco del trabajo psíquico del analizante. Desde entonces, la cuestión de los límites de la analizabilidad se planteará en el marco de una ruptura asociativa entre el paciente y el terapeuta, al no encontrarse este último ya en posición de pensar psicoanalíticamente con el pensamiento del paciente.

¿Se puede pasar del Yo-piel al Yo-pensante sin el flujo de pensamientos en eco? Se comprende, entonces, por qué es importante distinguir, con Anzieu y a sugerencia de Kaës, las nociones de yo-contenedor y yo-continente.[2] El yo-contenedor es el que asegura esta fluidez asociativa a través de la imagen de la ensoñación materna. ¿No es la ensoñación asociativa del analista la que viene a ejercer en la cura esta función de yo-contenedor? Una visión muy diferente, se convendrá, de la del yo-continente como imagen de una bolsa que mantiene las partes que la llenan como un conjunto estable. Pero entonces, ¿cómo comprender que las funciones del Yo-piel sean fundamentalmente de consistencia, conveniencia y constancia? A menos que, finalmente, haya que tomar en cuenta el papel fundamental de la memoria en esta funcionalidad. Precisamente porque es memoria, el yo puede gestionar así el tiempo en la vida de la mente, una memoria en la diversidad de sus formas de figuración y lugar de construcción y de deconstrucción. Quizá sea, en definitiva, la cuestión del sujeto la que está implícitamente planteada a través de la del espacio psíquico.

«El yo-agente tiende a representarse como el centro del aparato psíquico en el sujeto normal o neurótico» («L'épiderme nomade et la peau psychique», p. 62). Pero «cuanto más se avanza hacia los estados límite y las psicosis, más tiende el yo a localizarse en la periferia, es decir, sobre la envoltura, incluso en posición de extratemporalidad. En este caso, el yo no habita el psiquismo […] el sujeto que no es un verdadero sujeto se mira vivir, vive una vida automática, mecánica, discontinua […]». Así, en las patologías graves, el yo-agente se deconstruye. Pero el sujeto-lugar, el área del yo que pierde de ese modo sus límites, permanece como el contenedor de los pensamientos; de contenedor creativo, se convierte en contenido rígido. El sujeto-agente está alterado funcionalmente, pero el sujeto-lugar sigue siendo la sede de las operaciones de la mente. La visión del espacio psíquico nos ayuda a captar al mismo tiempo la permanencia de un agente desorganizado y la de un lugar de subjetividad alterado, pero permanente.

Quizá sea esta la paradoja de fondo: aquella que dice, al mismo tiempo, que el espacio psíquico es un lugar de continuidad (espacial y temporal) de la subjetividad y que la escucha psicoanalítica contribuye a la descomposición de esta función identitaria en beneficio de una apertura sensible a la paradoja, al levantamiento de la escisión y al acceso al inconsciente. Es esta deconstrucción parcial y temporal del yo la que le da su flexibilidad ante las presiones del flujo asociativo. El límite está en el juego de la memoria y la corriente asociativa, y no en un dispositivo membranario de selección.

[2] El original distingue *moi-conteneur*, cuya función es transformadora, y *moi-contenant*, que mantiene reunido el contenido. Se traducen, respectivamente, como «yo-contenedor» y «yo-continente» para conservar esa diferencia terminológica. (N. del T.)

EL ESPACIO PSÍQUICO ENTRE METÁFORA ESPACIAL Y TEMPORAL

Lo que quise mostrar es que la metáfora espacial que constituye el espacio psíquico nos ayuda a representar un lugar en el que operaciones que se desarrollan realmente en el tiempo pueden también figurarse, y no a dibujar la estructura del aparato psíquico mismo a imagen del espacio físico. Los límites se materializan en los tropiezos del proceso en el tiempo y no en las formas del espacio.

En un debate que había mantenido con Didier Anzieu sobre la naturaleza de la pulsión (*La pulsion pour quoi faire ?*, 1984), ya habíamos iniciado esta controversia. Yo había querido subrayar la necesidad de distinguir la metáfora del concepto. Anzieu había respondido: «El psicoanálisis se mantiene entre las letras y las ciencias, entre el lenguaje analógico y el lenguaje digital, entre el cuerpo sensorial y el código conceptual. Cada psicoanalista, según su temperamento, según los momentos de la historia del psicoanálisis, acentúa una u otra tendencia. Soy de aquellos […] que se esfuerzan por mantenerse en el entre-dos […] entre lo sensible y lo inteligible […] entre el pensamiento por imágenes y el pensamiento abstracto. No me parece que las nociones psicoanalíticas, y con ellas el pensamiento psicoanalítico, puedan mantenerse vivas más que sosteniéndose en ese espacio intermedio y sosteniendo al mismo tiempo, firmemente, los dos extremos de la cadena: la referencia al cuerpo sensorial y luego fantasmático, la inserción en ese otro cuerpo, de naturaleza enteramente diferente, que es el cuerpo de la teoría. Mi noción del Yo-piel quiere ser un ejemplo de esta doble articulación».

¿El espacio psíquico: teoría, cuerpo teórico o fantasma, imagen del fantasma? El debate permanece abierto.

Información editorial

Fuente

Daniel Widlöcher, «Espace psychique, espace corporel», en *Didier Anzieu : le Moi-peau et la psychanalyse des limites*, Érès, 2008, pp. 49–64. DOI: 10.3917/eres.rouss.2008.01.0049.

Alcance y criterio de edición

Traducción íntegra del francés, cotejada con el ejemplar aportado: 17 hojas PDF, de las cuales la primera es la ficha de distribución; el capítulo ocupa las hojas 2–17, correspondientes a las páginas impresas 49–64. Se conserva la nota biográfica original, todos los apartados, citas y referencias integradas en el texto. La fuente no incluye bibliografía final ni imágenes. Se añade una única nota terminológica del traductor. Las citas de otros autores se traducen desde la formulación francesa reproducida por Widlöcher; no se presentan como transcripciones de ediciones castellanas.

Anomalías conservadas de la fuente

En la página impresa 54, el capítulo fecha las *Nuevas conferencias* en «1935», sin precisar edición, y, en la página 56, reproduce «La situacion analitica como campio dinamico» y «Rev. Uruguya Psicoanal.». Estas formas, así como «Beatriz de Leon Bernardi», se mantienen tal como aparecen en la página impresa 56. La identificación biográfica se conserva como dato histórico del ejemplar, no como cargo actual.

Edición y dirección de la colección

Nicolás Vallejo. La responsabilidad editorial de esta edición de lectura no implica autoría del texto original. Traducción y composición preparadas con asistencia de inteligencia artificial; cotejo documental y revisión de maquetación para esta entrega.

Derechos y circulación

Se reconocen los derechos de Daniel Widlöcher, Érès y demás titulares. Esta traducción propia es una edición de lectura; no es una traducción oficial ni acredita autorización editorial. Material para circulación educativa, académica y cultural en seminarios, cursos y espacios de formación. Distribución no comercial, sin fines de lucro. Venta prohibida.

Cita sugerida

Widlöcher, D. (2008). Espacio psíquico, espacio corporal. *Restos · Cuadernos de lectura*, serie La experiencia analítica, edición de lectura en español (2026). Edición y dirección de la colección: Nicolás Vallejo. Original: *Didier Anzieu : le Moi-peau et la psychanalyse des limites*, Érès, pp. 49–64.